

es que la lucha apenas comenzada y que se anuncia más viva que nunca, no descienda á la calle, que sólo tenga por teatro la conciencia, por árbitro la razón, por arma la discusión, y que ninguno de los partidos en este gran combate de las ideas, se prevalga de la fuerza que los azares de la política pueden poner momentáneamente en sus manos. La verdad debe hacer sola su obra. Este era el voto de M. Littré, y es también el nuestro.

E. CARO.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Setiembre 1° de 1882.

Verdadera pena nos causa tener que contradecir á una persona tan estimable como el Sr. Dr. D. Porfirio Parra, y si de nosotros dependiera, convendríamos en todo lo que dice, nada más que por complacerle; pero la verdad tiene sus fueros, y no podríamos, sin desmentir nuestra conciencia, admitir como buenas por un acto de cortesía, las opiniones de nuestro ilustrado contradictor. Aquí tiene perfecta aplicación el antiguo prologo, *amicus Plato sed magis amica veritas*. Vamos, pues, sin más preámbulo, á hacernos cargo de las últimas contestaciones de nuestro colega. El señor doctor, quiere á todo trance probarnos que es positivista: parece que profesa especial predilección á la doctrina de A. Comte; pero parece también que siente invencible repugnancia al sensualismo y empirismo, y como los principios de estas escuelas forman la base de la moderna filosofía, el Sr. D. Porfirio nos da el espectáculo de una inteligencia que agota todas sus fuerzas en conciliar lo inconciliable, creando una especie de positivismo bastardo, que no sería ciertamente aceptado por los padres de la nueva iglesia. Desengáñese el Sr. Parra; su separación del gremio positivista es y será un hecho efectivo, á pesar de todas sus negaciones, mientras se mantenga en esa pugna, que por lo demás aplaudimos, con el sensualismo y el empirismo.

En un primer artículo publicado en la *Libertad*, niega el Sr. Parra que haya querido definir el positivismo cuando ha dicho que más que una filosofía es un método, y que por lo mismo no es extraño que estas palabras estén en desacuerdo con las definiciones de Littré, Mill y Bourdet. Está bien, nuestro colega tiene perfecto derecho para dar á sus palabras la significación que guste, y no insistiremos en llamar definición lo que no quiere que sea; pero no es este precisamente el fondo de la cuestión; la dificultad ha recaído desde el principio en el concepto mismo que de la filosofía positiva tiene el Sr. Parra, quien la ha querido reducir á una simple forma, á un puro método, prescindiendo de la materia, de la doctrina propiamente dicha, manera ingeniosa de eludir las radicales contradicciones en que han incurrido los que siguen el camino trazado por Comte. Nuestro colega asienta que lo que ha querido decir es que "los positivistas se preocupan más de la cuestión de método, que de la cuestión de doctrina." Y ¿cómo podría probarse semejante cosa? Dispénsenos el Sr. Parra, pero en nuestro concepto ha sufrido

una grave equivocación, atribuyendo á los positivistas una opinión enteramente personal. Ni podría ser de otra manera; subordinar el fondo á la forma, el fin al medio, no sería por cierto empresa digna de una escuela seria que aspira á producir una revolución completa en el mundo de la filosofía. Por otra parte, ¿qué significa eso de preocuparse (pase el galicismo) más de la cuestión de método que de la cuestión de doctrina? ¿El método acaso no forma parte de la doctrina? Y la preocupación que aquel engendra ¿no es en vista de los resultados que produce? ¿Qué se diría del individuo que se preocupara más del camino que del lugar en que va á habitar, del agricultor que se preocupara más de los instrumentos de labranza que de los frutos que espera cosechar, del médico que se preocupara más de las medicinas que de la salud del enfermo? Se diría, y con justicia, que eran víctimas de una preocupación (aquí en sentido legítimo), que había acabado por ahogar en ellos la voz del sentido común.

Nó, señor doctor; los maestros de V. no han pensado quedarse en el camino ni se han dado por satisfechos con poseer un instrumento bueno en su concepto, sino que han querido llegar al fin de la jornada, obtener el resultado de sus afanes, construir en fin todo el edificio científico bajo el cual debe descansar la humanidad futura. Esto es lo que forma la importancia del positivismo, lo que anima y alienta sus orgullosas aspiraciones; pero como para evitar un escollo ha despojado V. á la escuela de su parte trascendental, de su significación sustancial y positiva, resulta que sin querer definir el positivismo y con las mejores intenciones tal vez, le ha asestado V. un tiro de muerte, colocándose por ese mero hecho fuera del gremio. Y vea V. lo que son las cosas; á fuerza de pensar hemos acabado por convenir con V. en que el positivismo más que filosofía es un método, pues se trata simplemente de la aplicación del método empírico á las ciencias filosóficas. Pero ya que hemos llegado á este acuerdo importante, nos permitirá V. aplicar á ese método el criterio positivista, es decir, juzgarle por los resultados ya que no podemos establecer ningún principio *a priori*. Ahora bien; ¿tendría V. la bondad de indicarnos los servicios positivos que la filosofía debe al positivismo; los descubrimientos científicos que en el orden filosófico se han obtenido por el método positivista? Dejemos á un lado las grandes palabras y el desden trascendental con que los miembros de la escuela consideran á todos los profanos, y veamos las cosas como son en sí. La unidad de la doctrina positivista no ha podido establecerse ni un solo día; la vida de Comte y de Littré no es más que una serie de contradicciones, de tal suerte que, como observa Caro, el positivismo no existe ya como escuela, sino como simple tendencia, y podemos añadir que nuestros positivistas se han quedado un poco rezagados en el movimiento filosófico de la época, cuando procuran resucitar opiniones relegadas al olvido por los mismos adeptos. V. mismo, Sr. Parra, se ha declarado ecléctico en el seno del positivismo, partido desesperado que sólo puede significar la ausencia de un cuerpo de doctrinas que merezca el nombre de filosofía.

Ignoramos si nuestro estimable contradictor insistirá todavía en que no le comprendemos sobre este punto; por nuestra parte creemos haber expuesto con suficiente claridad las razones que tenemos para opinar que el concepto, ya que no definición, que el Sr. Dr. Parra tiene del positivismo, difiere radicalmente del que envuelven las definiciones que nos han dejado los jefes de la escuela, indicando á la vez las consecuencias

cerrado en una escuela que lleva un nombre determinado, y hubiese saludado como maestro á un hombre que si bien notable bajo muchos respectos, no merecía semejante homenaje. Si me dejara llevar de mis gustos personales, quizá me mostraria tan poco benévolo como vd. con M. Augusto Comte, el cual me parece que repite á menudo en mal estilo lo que han pensado, y dicho en excelente lenguaje, ántes que él, Descartes, d' Alembert, Condorcet, Laplace. No puedo, sin embargo, librarme de una secreta emocion, cuando veo á tantos hombres de mérito en Francia, Inglaterra y América que aceptan ese nombre como una bandera. Mi experiencia de las cosas del espíritu humano me induce á creer que M. Comte ocupará un puesto importante en las futuras historias de la filosofía. Convengo en que será un error, pero el porvenir ha de cometer tantos. La humanidad quiere hombres que le sirvan de tipos y de jefes de fila, sin emplear mucho discernimiento en la eleccion.

El Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz se molestó por lo que dijimos en nuestro número anterior acerca del dictámen presentado al Congreso Higiénico Pedagógico, llegando su disgusto al extremo de considerar como efecto de torcida intencion el que nos refiriéramos á su persona al hablar de dicho dictámen, cuando fué muy distinto nuestro pensamiento, pues reconociendo los méritos de los demás miembros de la comision, con algunos de los cuales llevamos relaciones amistosas, nos dirigimos de preferencia al Sr. Ruiz, por ser el autor de la obra á discusion y representar en el Congreso Pedagógico á la escuela positivista. Ya ve, pues, el señor doctor cuán errado anduvo al atribuirnos intenciones que están muy léjos de nuestro carácter, lo cual sólo puede ser efecto de que el *genus irritabile* de Horacio no es únicamente aplicable á los poetas, sino también á los sabios y á los filósofos. Las observaciones que emitimos han sido calificadas de un modo muy desfavorable por el Sr. Ruiz, pues sólo sirvieron para hacerle comprender nuestra ignorancia en biología, en lógica, en moral (científica) y en pedagogía. En esto nada se nos dice de nuevo, pues nosotros somos los primeros en reconocer lo limitado de nuestros conocimientos, sabiendo, por otra parte, que carecemos del mérito principal para ser considerados por el Sr. Ruiz, y es pertenecer á su círculo. Por lo demás, sería conveniente que el jóven autor ejercitase un poco el órgano de la tolerancia hácia los que valen ménos que él, pues no siempre los escritores de instruccion y talento son juzgados por sus iguales. No decimos esto porque lo ignore el Sr. Ruiz, sino porque pueden hacérselo olvidar su juventud é inexperiencia. Dado el humilde concepto que de nosotros tiene formado el Sr. D. Luis, natural es que aguarde con el más alto desprecio nuestra opinion sobre su obra de lógica, sobre todo, cuando cuenta con la aprobacion completa de los profesores de la Preparatoria que asistieron á la junta respectiva. Debemos, sin embargo, decir algunas palabras para prevenir cualquiera equivocacion. En primer lugar, toda obra impresa cae bajo el dominio del público, y todo el mundo tiene el derecho de emitir su juicio razonado acerca de ella sin que esto implique injuria para el autor: en segundo lugar, al usar de este derecho, no intentamos atraer al Sr. Ruiz á nuestro modo de ver, pues si tal idea nos hubiera ocurrido un momento, no volveriamos á pronunciar una sola palabra sobre este negocio: en tercer lugar, atendida la susceptibilidad del Sr. Ruiz y nuestro sincero deseo de no molestarle, nos resolvemos sin embargo á tocar la cuestion, considerando que poco tiene que ver en esto su estimable persona, pues nuestras observaciones recaerán sobre ideas y principios cuya propiedad no puede de ninguna manera reclamar: en cuarto lugar, las miras personales que en este negocio pudiera atribuirnos la malignidad de quien no está al tanto de ciertos antecedentes, desaparecen ante las circunstancias que nos llevaron á la Escuela Preparatoria y los términos en que allí servimos el puesto que se nos confió, como puede informar de ello al Sr. Ruiz el mismo señor director de dicha Escuela; y por último, absteniéndonos de toda calificacion sobre el significado del voto que se nos opone, diremos simplemente que nosotros conservamos íntegra la facultad de opinar en todas materias, respetando en las demás la misma facultad. Extraño pareciera que hayamos entrado en estas explicaciones, pero á ello nos han obligado ciertas circunstancias excepcionales, que no carecerán de interés cuando más tarde se examine la manera con que en nuestra época y en nuestro país suelen tratarse las cuestiones filosóficas.

J. M. VIGIL.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS E. RUIZ.

I.

Hemos expuesto someramente en nuestro número anterior las razones que tenemos para ocuparnos con alguna extension en la obra de lógica, publicada hace poco tiempo por el Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz, y creemos que despues de esto no hay necesidad de detenernos en probar la rectitud de nuestras intenciones. Debemos, sin embargo, decir algunas palabras para fijar con toda claridad nuestra posicion en medio de la lucha filosófica que agita á la sociedad mexicana. Algunas alusiones embozadas podrian hacer suponer que en la presente publicacion hemos sido movidos por consideraciones personales más ó ménos interesadas, y debemos manifestar una vez por todas, que si tales consideraciones se nos hubiesen presentado por un solo momento, no habriamos escrito una sola palabra ni habriamos distraido nuestro tiempo de ocupaciones más agradables para nosotros. Pesa empero en nuestro ánimo la conviccion de que cada uno está obligado á trabajar hasta donde pueda en favor de las ideas que juzga verdaderas y útiles, empleando los medios lícitos que pone en su mano una razon fria y desapasionada. Ahora bien, nosotros creemos sinceramente que ese conjunto de negaciones comprendido bajo el nombre de positivismo y que se da el título pomposo de filosofía, encierra gravísimos errores que tarde ó temprano se convierten en males efectivos para el individuo, para la familia y para la sociedad; creemos que nada puede ser más perjudicial para la juventud que inculcar en ella los principios de una escuela que predispone de tal manera para el materialismo y el ateísmo que vienen al fin á resolverse en ellos; y por último, creemos que todos los principios políticos en que descansan las instituciones del país, y de cuya recta aplicacion depende su felicidad futura, se sienten heridos en su base por doctrinas que envuelven necesariamente la negacion de toda libertad y de todo derecho. Esta conviccion la hallamos corroborada por el apoyo de ilustres pensadores de nues-

REVISTA.—P. 17

de tal concepto en nada favorables á la doctrina. Pasemos ya á la otra cuestion que el Sr. Parra trata en un segundo artículo, repitiéndonos que el positivismo está en oposición con el sensualismo y que por consiguiente se puede ser positivista y no sensualista. Tres opiniones enumera el Sr. Parra acerca del origen de las ideas: el racionalismo, el sensualismo y el positivismo; hé aquí cómo resume estas diversas teorías:

«Primera: la sensibilidad y la inteligencia son facultades del alma distintas é independientes; aunque de hecho los sentidos auxilian á la inteligencia en la adquisicion del conocimiento, ella es capaz de adquirirlo por sí sola, y así adquiere las verdades necesarias, los primeros principios y las nociones fundamentales de espacio, de tiempo, de causa, de sustancia, etc. Tal opinion caracteriza el racionalismo en el sentido especial en que hemos empleado esta voz en el presente escrito.» (Señálense como representantes de esta doctrina á Descartes y sus discípulos, á Kant y sus continuadores). «Segunda opinion: los sentidos y la inteligencia no son facultades distintas, la segunda se deriva de la facultad de sentir, analizando bien nuestras ideas se reconoce que no son más que sensaciones. Esta doctrina caracteriza á los sensualistas.» (El grupo sensualista, segun el Sr. Parra, se halla constituido por Condillac, Charles Bonnet, Destut de Tracy y Laromiguière). «Tercera opinion: los sentidos y la inteligencia corresponden á diversas facultades de nuestro espíritu, el análisis psicológico muestra que es imposible reducir las ideas á sensaciones; el conocimiento es obra de la inteligencia, pero esta facultad no podría adquirirlo sin la cooperacion de la facultad de sentir, nuestra inteligencia no puede operar en el vacío y sin los datos que le suministran las diversas sensaciones, permanecería en estado latente sin poder adquirir noción alguna; pero si el germen del saber contenido en la inteligencia recibe como rocío fecundo las impresiones sensoriales se desarrollará, formando más tarde el árbol grandioso de la ciencia. Tal es la opinion de los positivistas.»

¡Valgame Dios, señor doctor! ¡Cuántas cosas ha dicho V. para probar lo contrario de lo que deseaba! Desde luego esa division reposa sobre bases enteramente gratuitas, pues el racionalismo, en el sentido especial que se le aplica, como la teoría racional que se opone á la sensualista, nunca ha atribuido *exclusivamente* á la razon la adquisicion del conocimiento. Lo que aquí se supone puede más bien referirse al idealismo; y ni Descartes ni Kant han profesado semejante doctrina. En segundo lugar, reducir el sensualismo á la sola forma que le dió Condillac, y asociar á este nombre y bajo tal aspecto los de Bonnet, Destut de Tracy y Laromiguière, es olvidarse enteramente de la verdad histórica, pues no es posible suponer que una persona tan entendida como el Sr. Parra, ignore lo que sabe cualquiera que ha estudiado un poco de filosofía. Por último, esa situacion intermedia y arbitraria en que se coloca al positivismo entre el racionalismo y el sensualismo interpretados de una manera tan original, en nada favorece las pretensiones de nuestro colega, pues de sus mismas palabras resulta que el positivismo es esencialmente sensualista como luego veremos.

Para probar la exactitud de lo que decimos, es necesario fijar con toda precision el significado del sensualismo, y para esto nos valdremos del excelente artículo que trae sobre el particular el *Diccionario de las ciencias filosóficas*, al que pone nuestro colega el gravísimo defecto de no ser positivista, objecion baladí, pues se trata simplemente de saber si lo que se dice está puesto en razon. «Bajo el nombre de sensualismo se acostumbra designar todos los sistemas que, directa ó indirectamente, hacen derivar todas nuestras ideas de la experiencia de los sentidos, reduciendo la inteligencia, y por consiguiente todas nuestras facultades á la sensacion..... El sensualismo es un verdadero sistema en que un solo hecho, la sensacion, debe servir para la explicacion y generacion de todos los otros. El sensualismo, tomado en la acepcion que le damos y que se le da generalmente en Francia, se presenta bajo tres formas: el sensualismo objetivo, que ocupándose ménos

en nuestra facultad de conocer que en las cosas que conocemos, no cree más que en la existencia de los objetos sensibles; el sensualismo subjetivo ó psicológico, que más atento á la naturaleza del espíritu que á la de las cosas, porque el conocimiento que tenemos de ésta depende del de la primera, busca en la sensacion el origen de todos nuestros conocimientos y facultades; en fin, el sensualismo moral, más generalmente conocido bajo el nombre de epicureismo, que considera las emociones de los sentidos, el placer y el dolor, presentes ó lejanos, como el solo criterio del bien y del mal. El sensualismo objetivo es el materialismo: porque la materia ó los cuerpos son, segun los materialistas, los solos objetos que podemos alcanzar.... Pero la materia puede ser considerada bajo dos aspectos muy diferentes; ya sea que se la confunda con los mismos cuerpos, ó que se la conciba como un principio comun á todos los cuerpos y del cual éstos sólo nos presentan formas particulares ó modificaciones..... En la historia de la filosofía moderna es sobre todo, donde el sensualismo aparece con su carácter propio, bajo la forma reflexiva y psicológica. La filosofía moderna no procede en general de fuera adentro como la filosofía antigua, sino de dentro afuera, es decir, que antes de resolver sobre la naturaleza de las cosas, quiere estudiar la del mismo espíritu; quiere saber cuáles son el origen y fundamentos del conocimiento. Observando que todo conocimiento se produce desde luego con motivo de una sensacion ó de una emocion interior excitada en nosotros por el canal de los sentidos, algunos han pensado que la sensacion era la misma inteligencia, y que todas nuestras ideas salian de su seno. Pero hay dos grados en esta manera de ver, el uno representado por el sistema de Locke, y el otro por el de Condillac. Segun el primero de estos filósofos, la sensacion no es más que la materia de nuestras ideas; se necesita otra facultad, la reflexion, para imprimirle la forma, es decir, para darnos la conciencia de ella, para combinarla y generalizarla. Segun Condillac, la reflexion está comprendida en la sensacion. Esta sola nos da, por sus trasformaciones sucesivas, todos los efectos que atribuimos á la inteligencia. Ahora, si la sensacion toma el lugar de la inteligencia, evidentemente que no conoce ni existe en nosotros más facultad que ella, que tambien absorbe la voluntad y el alma entera. Tal es en su más alta expresion el sensualismo psicológico.... En cuanto á la tercera forma, que hemos llamado el sensualismo moral, no es más que la consecuencia de los otros dos, y se adhiere á la escuela de Locke como á las de Epicuro y de Demócrito, etc.»

Ahora bien, si el lector recuerda lo dicho por el Sr. D. Porfirio, hallará que la doctrina que este señor atribuye al positivismo sobre el origen del conocimiento no es más que la teoría de Locke, que si bien difiere de la de Condillac no deja por eso de ser una de las formas del sensualismo. Así es que aun admitiendo lo que el Sr. Parra supone, lo cual no es enteramente cierto, pues la teoría de Bourdet se acerca más á la de Condillac, como puede notarlo cualquiera que examine la cuestion imparcialmente, resulta que no hemos dicho nada contrario á la verdad cuando colocamos á los positivistas en el grupo de los sensualistas, y nuestro colega tiene por lo mismo que optar entre estos dos extremos que no admiten medio: ó es positivista y por consiguiente sensualista, ó no es sensualista y entónces en vano se ufana con el título de positivista. Las sutilezas que se nos oponen no alterarán jamas la realidad de las cosas, y ya hemos visto cómo esas divisiones arbitrarias se destruyen por sí mismas colocándolas á su autor en una posicion enteramente distinta de la que busca. No creemos necesario extendernos más por ahora sobre este punto, y concluiremos rechazando el cargo que se nos hace de haber querido engañar á nuestros lectores atribuyendo al Sr. Parra lo que no ha dicho, simplemente porque no mencionamos la singular teoría de que «se puede profesar que todo conocimiento viene de la experiencia y no ser empírico.» No, señor doctor, cuando se defiende la verdad por la verdad misma, no se necesita apelar al engaño, á la sorpresa ó á la intriga; esas armas de mala ley quedan reservadas á quienes son movidos por otra clase de intereses que en nada se relacionan con la verdadera filosofía.

La *Libertad* publica algunos fragmentos del discurso con que contestó Renan el de Pasteur que en parte conocen nuestros lectores. En dichos fragmentos hallamos el siguiente párrafo que expresa la opinion poco favorable que aquel autor tiene de A. Comte: «Deploro, como vd., que ese grande y fiel amigo de la verdad (Littre) se hubiese en-